

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 15 DE FEBRERO DE 1886 →

NÚM. 216

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GRAN SECRETO, cuadro de W. Lowith

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—Nido escarbado.... familia disuelta, por don J. Ortega Munilla.—Pajaritos, por don Eduardo de Palacio.—El diablo lo envía (conclusión), por don Enrique Pérez Escrich.—Viaje a Filipinas (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—El gran secreto, cuadro de W. Lowith.—Aguardando órdenes, cuadro de Alberto Pasini.—La exposición del Spoliarium en el salón Parés, dibujo de J. L. Pellicer.—Cabezas de estudio, dibujos de E. Kronberg.—Embarque del cadáver de Gustavo Adolfo, cuadro de C. G. Hellqvist.—Un envidioso, cuadro de Carlos Gebhardt.—El volcán Mayón visto desde la casa real de Albay.—Mercado de Daraga.

NUESTROS GRABADOS

EL GRAN SECRETO, cuadro de W. Lowith

Esta obra de arte, que bien merece semejante calificación, pertenece a la pura escuela alemana. Por la corrección de su dibujo, por la expresión de la fisonomía de sus personajes, por la naturalidad de su actitud, es un prodigio de verdad. Obras de esta naturaleza parecen ejecutadas para desmentir la diferencia que media de lo vivo a lo pintado, pues en nuestro cuadro lo pintado está lleno de vida, de calor y de intención.

El compadre que divulga el gran secreto lo hace con la fruición del que teme que la honra ajena sea un tóxico violento que hay que arrojar del cuerpo a todo trance; el anciano que recibe la confidencia paladea propiamente ese manjar de los viejos que se llama murmuración; y la maritornes que se pone al tanto del secreto, ya está discutiendo los efectos que el escándalo ha de producir en el pueblo. De esta suerte, con la garantía de la impunidad y con la inocente intención propia de los cándidos habitantes de las aldeas, se allegan las tennes particularidades de la bola de nieve que ha de aplastar a un individuo y tal vez a una familia entera.

Lowith es un pintor en toda la extensión de la palabra, y su *Gran secreto* posee ciertamente el de llamar la atención aún de los profanos al arte.

AGUARDANDO ÓRDENES, cuadro de A. Pasini

El autor de este lienzo es un pintor orientalista por excelencia; no precisamente porque sus principales obras reproduzcan con exactitud de forma y de luz asuntos ó sitios de Oriente, sino porque, conocedor íntimo de la naturaleza y de la civilización de aquel su país predilecto en el arte, sus obras tienen olor y color orientales, palpando en ellas lo íntimo, lo invisible de aquel pueblo, que pertenece a Europa y, sin embargo, de Europa se halla tan distante. Así, por ejemplo, a la vista de ese palacio suntuoso y elegante se echa de ver, se siente, que tras ese risueño exterior reina el silencio de la esclavitud, la desconfianza entre todos cuantos pisan sus salones, el miedo de que una palabra indiscreta, una mirada equívoca, un gesto mal interpretado, produzcan una catástrofe.

A la puerta de este palacio es de ver un pelotón de jinetes circasianos, con su casco de acero, su vestidura de malla y su lanza desmesuradamente larga, prontos a secundar las órdenes de su señor, sin descubrirlos, sin comprenderlos siquiera; brazos de hierro ejecutores de una voluntad no menos de hierro; autómatas móviles por un resorte que se llama el Sultán.

En este cuadro está todo admirablemente comprendido y ejecutado, edificio, personajes, caballos, armas; y a su vista se comprende que Pasini sea conceptuado uno de los más preclaros artistas de la moderna Italia.

LA EXPOSICIÓN DEL SPOLIARIUM

en el salón Parés, dibujo de J. Luis Pellicer

El cuadro del señor Luna era conocido de nuestros favorecedores; habíamos sido honrados por aquel distinguido artista con la exclusiva de publicar su portentosa obra por medio del grabado, y el *Spoliarium* es una de las joyas de nuestro *Suplemento Artístico*, álbum inapreciable y quizás sin rival en Europa.

Pero un grabado, siquiera sea tan magistralmente hecho como el del *Spoliarium*, no permite apreciar en absoluto el mérito de un cuadro de tanto aliento como el del señor Luna. El público amante de las artes debe agradecer al señor Parés la exposición de una obra que se contempla con asombro y deleite a un tiempo. Ese público, a su vez, ha correspondido a la deferencia del autor y del expositor y se ha apresurado a tributar su admiración por la obra coronada en el último certamen madrileño.

Pellicer, el distinguido pintor, el consumado dibujante, ha acudido, como es natural, al salón Parés, y a fuer de artista que siente y goza en el triunfo de sus ilustres compañeros, ha querido asociarse a él por medio de otra obra de arte. De aquí el dibujo que hoy publicamos, tan correcto, tan naturalista, tan bien entendido, como resulta ser cuanto produce su lápiz. Y he aquí cómo una obra de arte inspira otra obra de arte, cuando los artistas tienen el corazón a la altura del talento.

CABEZAS DE ESTUDIO, dibujo de E. Kronberg

En esta clase de trabajos es donde se revela la ejecución de los artistas, bien así como un concertista demuestra el dominio del instrumento que profesa tocando alguna de esas clásicas sonatas, prodigio de la armonía y resumen de toda suerte de dificultades. Bajo este punto de vista, las cabezas que hoy publicamos son una maravilla de factura: difícilmente, muy difícilmente se encuentra algo más expresivo, más detallado y más acabado, en toda la extensión de la palabra.

EMBARQUE DEL CADÁVER DE GUSTAVO ADOLFO, cuadro de C. G. Hellqvist

Gustavo II ó Gustavo Adolfo I, rey de Suecia, nació en 1594 y a los diez y siete años sucedió a su padre, a tiempo que la nación se hallaba en guerra con Dinamarca, con Rusia y con Polonia. Ajustó la paz con las dos primeras, y después de las victorias obtenidas sobre la tercera, la de Vallofen Curlandia (1626) y la de Stum en la Prusia occidental (1628), le obligó a cederle todas las plazas fuertes de la Livonia y de la Prusia polonesa. Alióse entonces con los protestantes de Alemania contra el emperador Fernando II; embarcóse en 1630, a través de la Pomerania, Brandeburgo y Sajonia, y en 1631 derrotó al célebre Tilly en Leipzig. Al año siguiente, después de someter los electorados de Tréveris, Maguncia y el Rhin, obtuvo nueva victoria sobre Tilly en el paso del Lech; atacó a Wallenstein en Lutzen, y este nuevo triunfo le costó la vida, pues murió en la refriega, a la edad de treinta y ocho años.

Gustavo Adolfo es el rey legendario de Suecia: su breve vida es una continua epopeya militar, y se concibe cuán grande debía ser el dolor de su ejército al enterarse de la muerte del valiente soldado que siempre le había conducido por la senda de la gloria. Este dolor se puso de manifiesto cuando, dando cumplimiento al natural deseo de que el cadáver del rey fuese enterrado en su patria, embarcóse en Wolgast, escena representada en el grabado que publicamos.

El cuadro de Hellqvist es de composición grandiosa y sus personajes están bien entendidos: en todos ellos se transparenta la pena a través de la ruda corteza del soldado. El lienzo original es propiedad del rey de Suecia y ha llamado notablemente la atención en la exposición berlina de los amigos de las artes.

UN ENVIDIOSO, cuadro de Carlos Gebhardt

Los lansquenets eran unos soldados que, como decirse suele, se habían echado el mundo por montera. Todo país era para ellos país enemigo; toda mujer buena presa. Dígalos la escena de nuestro cuadro: dos hombres de armas han penetrado en la hostería: la moza sirve la comida, pero ésta es menos apetitosa que aquélla para uno de los comensales, es decir, para entrambos; pero de ellos, el uno tiene más desarrollado el órgano de la acometividad, y el otro se contenta por el pronto con envidiar la suerte de su compañero.

El asunto es resbaladizo; pero afortunadamente el autor no ha dado del todo en tierra con la moral, inseparable de toda obra de verdadero arte.

NIDO ESCARBADO... FAMILIA DISUELTA

Relación contemporánea

POR DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA

I

PRIMER ACTO

En el escritorio de la casa de banca *Armengol y compañía*, establecida en la Rambla del Centro de Barcelona, había seis u ocho dependientes, todos ellos puestos delante de sus mesas y apoyados,—que no sentados,—en altos taburetes de duro pino. Enormes libretos llenos de columnas de números abrumaban con su peso aquellas mesas y en ellos escribían cifras, con mucha calma y parsimonia y sin interrumpir una conversación eterna sobre los sucesos del día, que era, digámoslo así, el entretenimiento de los honrados jóvenes.

La habitación nada ofrecía de particular y que no pueda verse en todas las oficinas análogas; además de las mesas, libros, taburetes y empleados, había allí una caja de hierro, con candado de abecedario, un estante de caoba y cristales, un banco de terciopelo muy raído y un biombo de madera, al otro lado del cual esperaba el público que de diez a dos, según rezaba el cartel fijado en la puerta, era admitido al despacho. Frente al biombo había una puerta vidriera, en que unas cortinillas de percal rameado del peor gusto, detenían las miradas curiosas; era la entrada al gabinete del principal, D. Pedro Armengol, donde entonces se oía el rumor confuso de un coloquio sostenido en voces destempladas y fuertes. Si allí detrás no se disputaba, al menos se hablaba reciamente, y los interlocutores no se hallaban muy de acuerdo en el asunto tratado.

Tanto levantaron la voz, que al fin los jóvenes del despacho alzaron uno a uno la cabeza.

—La cosa es grave,—dijo uno de ellos.

—¡Es extraño lo que ocurre aquí hace dos días!—añadió otro.

—¡Señores! ¡No murmuremos!—repuso un tercero.

—No murmuramos. Se habla y nada más.

—Pero se habla de lo que no se debe.

—No haga V. caso de este hipócrita,—exclamó en tono de buen humor el primero que había usado de la palabra.

—¿Quién sino él me ha puesto al corriente de lo que ocurría?

—¡Ah! ¿Con que tú lo sabes?

—¿Con que V. lo sabe?

—Sí, señores; yo lo sé, y éste lo sabe también. ¡Cuestiones de familia! Hace ocho días que llegó Angel Armengol, el hijo del principal. Venía de París. De esto os halláis muy enterados: venía de recorrer el mundo. En Londres, en Florencia, en Roma, en Marsella había frecuentado la sociedad dorada, el gran mundo, esas casas en que hay escaleras cubiertas de alfombras, ambiente de aromas delicados, salones entapizados de seda, y mujeres ¡ay! bellas como las tentaciones de San Antón....

—No describas con esos detalles, ¡canario! que se le quita a uno la gana de hacer números.

En aquel momento se oyó al otro lado de las vidrieras un fuerte golpe dado sobre una mesa con toda la fuerza de un puño duro y vigoroso.

—¿Te avergüenzas del oficio en que tu padre se hizo rico?—gritó una voz que pertenecía sin duda al que había descargado el tremendo puñetazo.

Los jóvenes del escritorio se miraron unos a otros con asombro.

¡Que sí es grave!—exclamó uno de ellos.—Es gravísimo.

—¡Verdaderamente que todos estos hijos pródigos, cuya única ciencia consiste en derrochar el caudal de sus padres, merecían tener por autor de sus días a nuestro principal! ¡Bonito es él para ceder y transigir con los holgazanes! No hay escape: ó trabaja ó sucumbe.

—Pero, ¿quiere V. seguir contando su historia?

—Sí, hombre, ¿quedábamos en que?..

—En que el hijo de don Pedro ha frecuentado esa sociedad de oro, en que hay escaleras alfombradas, y aromas, y mujeres hermosas, etc., etc., etc.

—Pues bien: en el trato de esas gentes distinguidas ha gastado el señorito muy cerca de 30,000 duros. En verdad que no se le puede tachar de tacaño a don Pedro. ¡30,000 duros es una linda suma!

—¡Puesta al 30 por 100!

—Y sin poner el 30 por 100,—objetó el narrador de los antecedentes de Armengol, el joven en quien no hablaban tan alto los instintos comerciales.

—Ello es que hecho Angelito a la *vita bona*, no hay quien le pueda obligar a abandonarla. El padre sabe que su hijo tiene talento y honradez; desea que emplee estos dones de naturaleza en los negocios de la casa. El se opone alegando que la vida de escritorio le molesta, que los libros de caja le sacan de ídem, que la Bolsa le produce dolor de cabeza, y que la conversación de los comerciantes, que no hablan sino de balas de algodón, de alzas y bajas, de *ferros* y de *azúcares*, le enoja hasta un extremo irresistible... En suma, no se opone a trabajar, pero no quiere trabajar en el noble oficio del comercio.

—¡Sí, señor, muy bien dicho! ¡oficio noble! ¿qué les parece a Vds. el aristócrata ese? ¡Vamos, que para haberle engendrado un carretero gasta demasiados humos!

Y el que esto había dicho paseó una mirada triunfante sobre sus compañeros, que con signos afirmativos de cabeza aprobaron sus frases.

—Bien dicen que en este mundo unos desprecian lo que otros desean. ¡Miren Vds. que si yo fuese hijo de Armengol...!

—Señores, sigamos trabajando, que el tiempo pasa. ¿Tiene V. la factura de Tenipson and C.º; Terradles?

—Aquí está. Tómelas V. ¡Ay, si yo fuera hijo de Armengol!

—¡No se llamaría V. Fernández y no habría quien le pudiese resistir de puro finchado!

El aludido no se dignó responder a esta broma de su colega. Mojó la pluma con sumo cuidado, limpió luego su pico sobre el manguito de lienzo de su brazo izquierdo, acercó al papel, y antes de trazar un rasgo sobre éste, dibujó en el aire varias líneas, según costumbre de todo buen calígrafo.

Los gritos volvieron a sonar en el gabinete.

—Mi dignidad está ofendida, padre mío,—dijo una voz de hermoso timbre, varonil al par que suave.—Usted se extralimita en sus derechos. Un hijo no es un criado.

Fernández suspendió la ejecución de una primorosa H, que estaba pintando en el libro de Caja, para prestar oído al ruido de la disputa familiar. Lo mismo hicieron los demás empleados del bufete.

(Continuará)

PAJARITOS

Respeto las aficiones particulares.

Creo que cualquier individuo está en su perfecto derecho al aficionarse a lo que guste.

Así me explico el beodo vulgar como el borracho de gloria, y el jugador como el que goza cuando le pegan en los nudillos.

Sin embargo, hay aficiones censurables y aficiones inocentes.

Entre estas últimas coloco yo la de los cazadores de pajaritos, por más que a las víctimas no parezca tan inocente la diversión de sus verdugos.

Comprendo la afición a la caza mayor.

Donde hay peligro podrá no ser completa la diversión, pero halaga más al que le arrostra.

Se comprende la enemistad entre el hombre y el oso, por ejemplo, por cuanto suele el segundo usurpar el estado incivil del primero.

No me explico la odiosidad del hombre al conejo y al gorrión y viceversa.

El conejo, ser inconsciente y tímido que huye del hombre para no molestarle, sirve de pasto a la voracidad de su enemigo.

El pajarillo del cuerpo de coros de su clase, es también alimento del hombre.

Somos las fieras más voraces y más temibles.

Devoramos a diario parte del reino vegetal, y a turno de seis (y aun con menos frecuencia algunas personas) otra parte del reino animal en el que formamos con sobrados motivos.

Pero aún hay más.

Así como los perros de caza llegan al aborrecimiento de conejos y pajarillos, así hay cazadores que no prueban, siquiera, las piezas que cobran.

Es el colmo de la crueldad asesinar inocentes para arrojar ó regalar las víctimas a cualquier amigo.

Entre todos los aprendizajes, uno de los más cómicos es el del cazador, y particularmente el de cazadores de pajaritos.

Un amigo me refirió la historia de su *debut* como cazador pajarista ó pajarero.

—¿Usted no caza?—le preguntó el jefe de su oficina. Y el subordinado, que era mi amigo, para demostrar una vez más la subordinación, respondió:

—Cazo, pero poco.

—¿No tira usted?

—Algo al sable.

—¿Y qué caza V. con sable?

—¡Ah! ¿dice V. cazar?

—Es preciso que se acostumbre; es diversión muy higiénica y moralizadora, si se quiere.

—Si se quiere, sí,—afirmó el inferior,—y hasta instructiva, si se quiere también.

Y que quisiera ó que no quisiera, se vió mi pobre amigo alistado en el gremio de cazadores de pajaritos, conejos y otras *aves*.

El andaba detrás de un ascenso hacía dos años, y pensó:

—Si yo doy gusto al jefe, ciertos son los toros; es decir, seguro es el ascenso. La señora del jefe también influirá

en pago del servicio que la presto, librándole de la presencia de su esposo, algunos días.

No era porque la *jefa* anduviese distraída malamente, ni aborreciera á su marido, sino porque éste era una especie de abejorro, molesto é impertinente y aficionado á inmiscuirse aún en los asuntos de cocina.

Así le decía ella, cuando le veía salir de su casa:

—Anda bendito de Dios, y no vuelvas en doce horas, por lo menos.

Si cualquiera amiga le preguntaba:

—¿Por qué ó para qué quieres echarle de casa, mujer?

¿No comprendes que el hombre solo, por esas calles, está en libertad, y malgasta dinero y puede darte qué sentir?

—No hija,—respondía,—sé dónde está: en el círculo disparatando en política; en el café disparatando sobre cacerías ó en la oficina...

—¿Disparatando también?

—No; allí no disparata, puesto que cobra.

—No te fies...

Conociendo mi amigo al jefe, y á la señora del jefe, y atendiendo á su propio interés, se resolvió á meterse á cazador.

La víspera de su *debut* se vió obligado á comprar una escopeta.

En seguida, y provisto, por supuesto, de la licencia necesaria, se echó al campo como un solo hombre, con la escopeta al hombro.

—Cualquiera que me viese, ¿qué diría de mí?—pensaba.

Algún granujilla le acompañaba imitando al mismo tiempo el toque del tambor:

—¡Ram, plam, plam, cataplám!...

—¡Eh, pillete!—le amonestó indignado el escopetero.

—¿Yo? ¿por qué? voy por mi camino, y no me meto con ninguna persona. ¡Ram, plam, plam, cataplám!

Algún transeunte le preguntó:

—¿Dónde se levanta la partida?

Otro le gritaba:

—¡Pum! ¡apunten! ¡fuego!... ¡Pum!

¡Qué emociones!

Viéndose ya á suficiente distancia de Madrid, á espaldas del cementerio del Este, se decidió á empezar el ejercicio de fuego.

¡Qué tiroteo!

Hubo vecino que acudió al «lugar del suceso,» como dicen los periódicos noticieros, y creyó que iba á presenciar un lance personal con ametralladora.

—¡Qué barbaridad!

—¡Está loco!

—¡Eh! buen hombre, apunte V. para el cementerio, que va V. á freír á cualquier infeliz.

Para regresar al domicilio aprovechó un tranvía y luego un coche de alquiler.

—¡Y mañana otra ovación!—pensaba,—pero, al fin, mañana iremos dos y nos repartiremos la curiosidad y las gritas.

El jefe iba ataviado como para sostener una campaña de tres meses, lo menos.

Hongo, colete destezado, calzones, chaquetón, botines altos, zapatos de doce suelas con entresuelo, canana, morral, manta jerezana, escopeta de dos cañones, cuchillo de monte y otros adornos.

El subordinado no llevaba sino lo preciso: cazadora, pantalón, zapatos blancos y hongo.

Y, por supuesto, otra escopeta de dos cañones.

—¿Así va V.?—le preguntó el jefe.

—Sí, señor.

—Bueno.

—¿Que no sirvo?—preguntó cándidamente el subordinado.

—Sí, hombre, sí,—respondió riendo el jefe.

Salieron y, como era al romper el día, nadie hizo caso de semejantes sujetos.

Con esto mi amigo se dijo:

—Se conoce que hoy no voy tan mal como ayer, puesto que nadie me dirige *indirectas*.

Cuando llegaron al puesto, era ya más que entrado el día.

—¿Cómo vamos?—preguntaba de cuando en cuando el jefe.

—Bien,—contestaba ya cansado el novel cazador.

—¿Se cansa usted?

—¡Cá! no, señor, ando mucho.

Por fin llegó el momento.

El jefe colocó á mi amigo en un campo de patatas y le dijo:

—Usted se queda ahí; yo voy á situarme junto á aquel repecho, y nada, el que se le vaya á V., le recojo.

Los pajarillos, que á las veces presienten á sus verdugos y aun pudieran decir mirando á la cara á cualquier neófito: «Ese no da un balazo á un carro de mudanzas, á cinco pasos,» revoloteaban al rededor del aprendiz de cazador menudo.

El tiraba y... efectivamente, ni un pájaro se daba por aludido.

Entonces el jefe disparaba su escopeta y... según aseguraba mi amigo, no era tan certero en herir pájaros como en dar en la nómina.

Pasaron seis horas.

El jefe seguía disparando, y, de tiempo en tiempo, recogía un pájaro, ó le mandaba al subordinado que le recogiera.

—Esto es traerme en clase de perro,—pensaba el *debutante*.

Pero acudía á recoger á los infelices, que parecía que le miraban para decirle en sus últimos momentos: «Marracho.»

Doce horas habrían transcurrido cuando el jefe dispuso la retirada.

Doce horas andando ó á pie quieto, y sin comer, y sin beber y sin fumar.

El joven *debutante* de cazador apenas podía andar, ni sostenerse en equilibrio.

—¿Que tal el día? ¿Le gusta á V. la caza?

—Mucho,—baluceaba el infeliz.

Pero no podía continuar andando.

—Verá V. qué apetito tiene esta noche.

—Ya lo creo.

Próximos á Madrid y cuando ya el aprendiz de cazador no podía ni hablar, por falta de fuerzas, salió de una casetta un perro mastín, que se abalanzó al jefe.

Este acudió á la escopeta, montó y ¡pum! allá va ese perro.

El subordinado cayó como una bomba, y el perro se alejó aullando. El jefe había herido dos pájaros de una pedrada.

Al perro y al aprendiz.

—Pues mire V., me alegré,—me decía mi amigo,—porque así me trajeron á casa en coche, aunque con una rozadura en un tobillo. Afortunadamente no pasó de ahí la cosa. Pero acudió la pareja de la guardia civil y á tiempo para evitar una catástrofe; que ya venía sobre nosotros el dueño del perro, escopeta en mano. Los civiles nos detuvieron, luego nos formaron causa, luego...

—Luego,—añadió,—salí con el jefe varios días. ¡Qué días tan amargos!

Eso sí, él se portó: mi amigo logró el ascenso que se proponía y cuando el jefe, creyéndole reconocido, le propuso:

—Mañana iremos al monte.

Respondió:

—Mire V., yo, por mi parte, ya he cazado lo que me proponía: en adelante puede V. cazar solo.

La humanidad siempre es ingrata.

EDUARDO DE PALACIO

EL DIABLO LO ENVÍA

(Conclusión)

A pesar de esta definición, cuando no se quiere dar crédito á lo que se nos cuenta, se dice: «Eso es una novela,» olvidando que no hay nada tan inverosímil como la misma verdad y que muchos acontecimientos de la vida real se rechazarían como absurdos en las páginas de un libro.

El novelista más fecundo, el hombre de imaginación más creadora, no llega á concebir los acontecimientos que teje en su misterioso laboratorio la fatalidad.

Recórranse los anales del crimen y se encontrarán monstruos en forma humana, abortos de la naturaleza que nunca ha creado la pluma del novelista. No consignamos aquí sus nombres, porque llenaríamos muchas páginas evocando recuerdos que deben borrarse de la memoria.

El presente relato es un hecho histórico tomado de la vida real; el novelista no ha puesto de su parte, más que la forma literaria, la graduación de los efectos y los detalles necesarios á toda narración escrita para el público.

En Francia, en Inglaterra, en Alemania, toda causa célebre, después de fallada por los jueces, pasa al dominio público y los escritores se apoderan de ella. En España solamente los periódicos reseñan en algunas líneas improvisadas hechos que bastarían para escribir sobre ellos libros interesantes y útiles.

Si nuestra pequeña novela *El Diablo lo envía* tiene buen éxito, publicaremos á continuación *El hombre de las tres vacas*, basada también en un hecho histórico.

Continuemos.

Poco á poco el tío *Orejón* que era un hombre de ancha conciencia y avezado al crimen, comprendió, que aunque su hija era una mala pécora, sin ningún sentimiento noble dentro del alma, que aunque Serafina lo mismo que había matado á su hermano mataría á sus padres, no por eso dejaba de tener razón aconsejándoles que era preciso enterrar el cadáver.

El ventero no ignoraba que cuando se ha muerto á un hombre conviene mucho hacerle desaparecer para que no tropiece la justicia con el cadáver, y el mejor modo consiste en enterrarle todo lo más hondo posible.

El tío *Orejón*, sin hablar palabra, cogió la azada, que de propio intento llevaba la tía *Orejona*, y encaminándose hacia lo último de la cueva, donde había dejado el candil, comenzó con gran ardor á cavar la tierra.

La tía *Orejona* no había desplegado los labios ni para lamentarse de la muerte de su hijo, ni para increpar á sus asesinos; aquella madre era una aberración de la naturaleza.

Miraba en silencio á su hijo muerto, ensangrentado y quizás más que á su hijo á los botones de diamantes que brillaban en la pechera de la camisa, que ella había elegido como su parte de botín.

—Madre,—dijo Serafina después de una larga pausa,—mientras padre hace el hoyo, vamos nosotras á desnudar á ese.

—¡Nadie le toque!...—gritó el tío *Orejón* desde el fon-

do de la cueva, temeroso, sin duda, de que su mujer y su hija le robaran parte de lo que le pertenecía.—Venid aquí, gandulas, venid á ayudarme y acabaremos más pronto.

Las dos mujeres se reunieron con el tío *Orejón* y entre los tres comenzaron á abrir la fosa.

Durante algunos minutos no se oyó en la cueva más que la respiración anhelante de los venteros, que trabajaban sacando tierra del hoyo con las manos, con el cuchillo y con el azadón.

Aquel silencio duró más de tres cuartos de hora. Los *Orejones* sudaban gota á gota á pesar del frío.

Por fin el ventero dijo:

—Ya está bastante honda.

Y saliendo de la fosa, añadió:

—Vamos ahora á registrarle y cuidado con que ninguna de vosotras se oculte nada, porque la entierro en la misma sepultura. Subiremos arriba, lo reuniremos todo, y allí veremos lo que se hace. Tal vez sea prudente largarnos por algún tiempo de esta venta.

—No tema V., padre,—dijo Serafina,—el diablo está de parte nuestra.

Un gruñido sordo, estridente, que parecía una lamentación del otro mundo, se oyó en la entrada de la cueva.

Los *Orejones* se miraron los unos á los otros sobresaltados.

El ventero, que era supersticioso, se santiguó precipitadamente tres veces.

—No nombres al diablo, bribona,—dijo,—que ya vendrá él sin que le llamemos.

Otro rugido más potente, más amenazador, resonó en los ámbitos de aquel antro donde acababa de cometerse un crimen sacrilego, y entonces los venteros vieron con espanto un objeto informe que se arrastraba por el suelo en dirección hacia ellos, y dos grandes chispas de fuego que se movían con vertiginosa rapidez en la oscuridad.

—¡Es el diablo!...—repitió el ventero con acobardado acento.

—¡Es el diablo!...—repuso la tía *Orejona* temblando y persignándose.

Sólo Serafina permanecía serena con el cuchillo en la mano, apoyada la espalda en la pared y dispuesta á defenderse hasta del mismo diablo á quien acababa de invocar.

De pronto, aquel objeto que avanzaba arrastrándose, exhalando rugidos amenazadores, se detuvo, se replegó, por decirlo así, y como para imprimir más violencia en el ataque, y dando un salto, fué á caer sobre el tío *Orejón*, á quien derribó de espaldas dentro de la fosa.

A la luz del candil reconocieron los venteros que el enemigo desconocido, que tanto miedo les había inspirado, no era otro que el perro *Sultán*, enorme mastín de pelo blanco, dispuesto al parecer á vengar á su amo.

—Maldito animal,—exclamó el ventero procurando defenderse de aquel adversario temible.

Entonces á la superstición, que había acobardado los ánimos, sustituyó la rabia y la energía y comenzó una lucha terrible, desesperada, espantosa, de los tres *Orejones* contra el perro.

El ventero se defendía con el azadón, la ventera con un palo y Serafina con su cuchillo.

El valiente animal, dispuesto á morir vengando á su amo, se irritaba más y más á cada golpe que recibía.

De vez en cuando un grito de dolor, acompañado de una blasfemia, se mezclaba con los ladridos y gruñidos del perro; era que había hecho presa en la carne de alguno de sus tres enemigos.

Todos habían sentido los agudos colmillos de *Sultán* clavarse más de una vez en su cuerpo, todos estaban heridos, todos sentían correr su sangre; aquello se había convertido en una lucha á muerte, eran cuatro fieras que habían comprendido que no les quedaba otro remedio que matar ó morir.

Para que la situación se hiciera más espantosa, el ventero, con el azadón, derribó el candil y se quedaron á oscuras.

Desde este momento las ventajas estaban de parte del perro, porque los *Orejones* comprendieron que dando pelos de ciego en aquel estrecho local, corrían peligro de herirse los unos á los otros.

Todos se dirigieron hacia la entrada de la cueva, en donde aun alumbraba con moribundos rayos el farolillo al yerto y ensangrentado cuerpo de Genaro.

El perro, cubierto de heridas, manchado de sangre, continuaba atacando á los asesinos de su amo que huían acobardados ante la feroz bravura de aquel terco animal.

Serafina, que iba detrás caminando de espaldas y haciendo frente al perro con su enorme cuchillo, al llegar junto al cadáver de su hermano, resbaló en la sangre y cayó boca arriba mientras que su padre y su madre salían precipitadamente de la cueva.

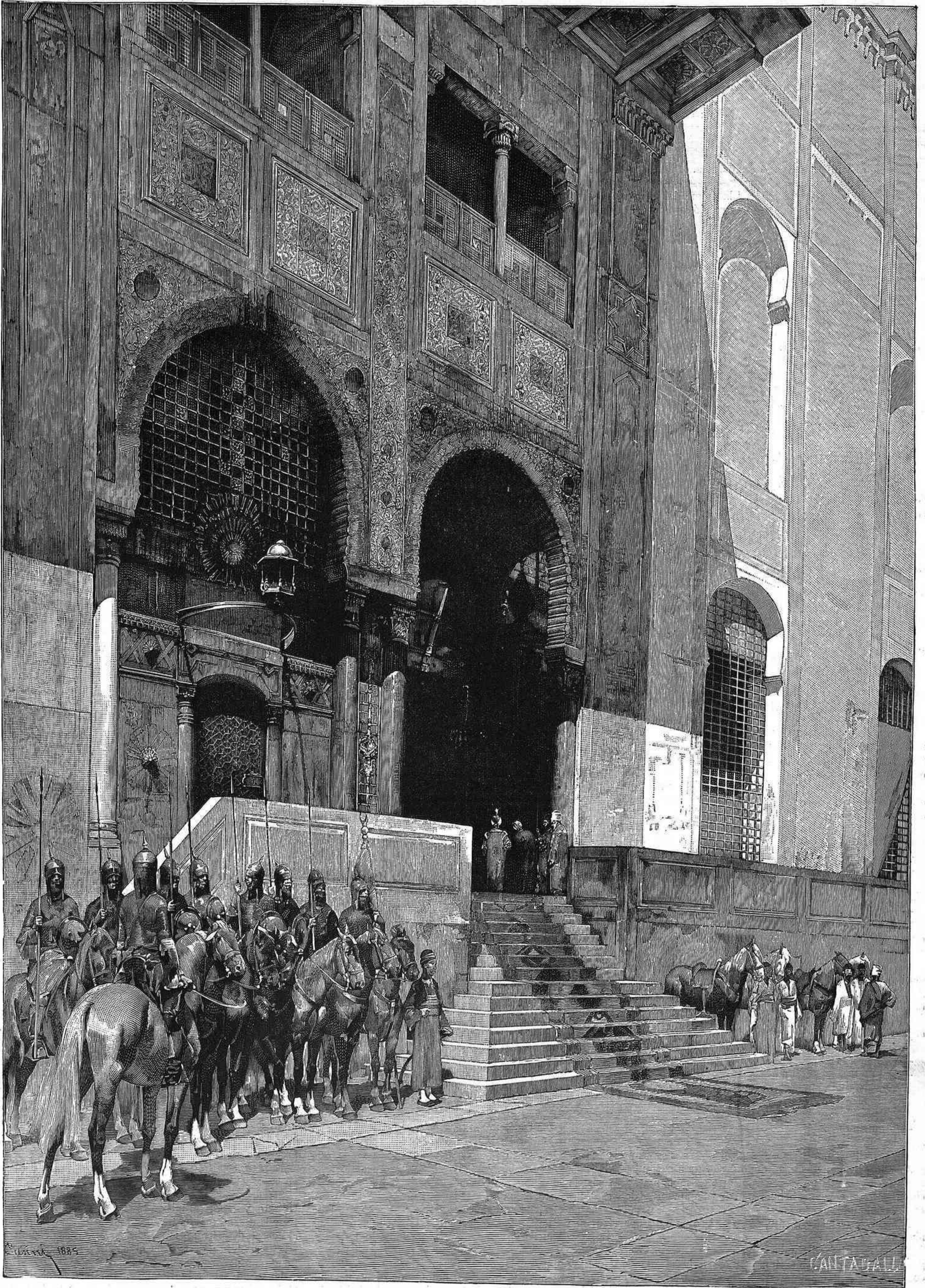
El perro se arrojó sobre la *Orejoncito* y le hizo presa en la garganta.

Serafina lanzó uno de esos gritos que estremecen de espanto, y hundió al mismo tiempo, con la fuerza del dolor y la desesperación, tres ó cuatro veces su cuchillo en el cuerpo del perro; pero *Sultán*, en las ansias de la muerte, *zamarreaba* y destrozaba el cuello de Serafina rompiendo en pedazos la yugular.

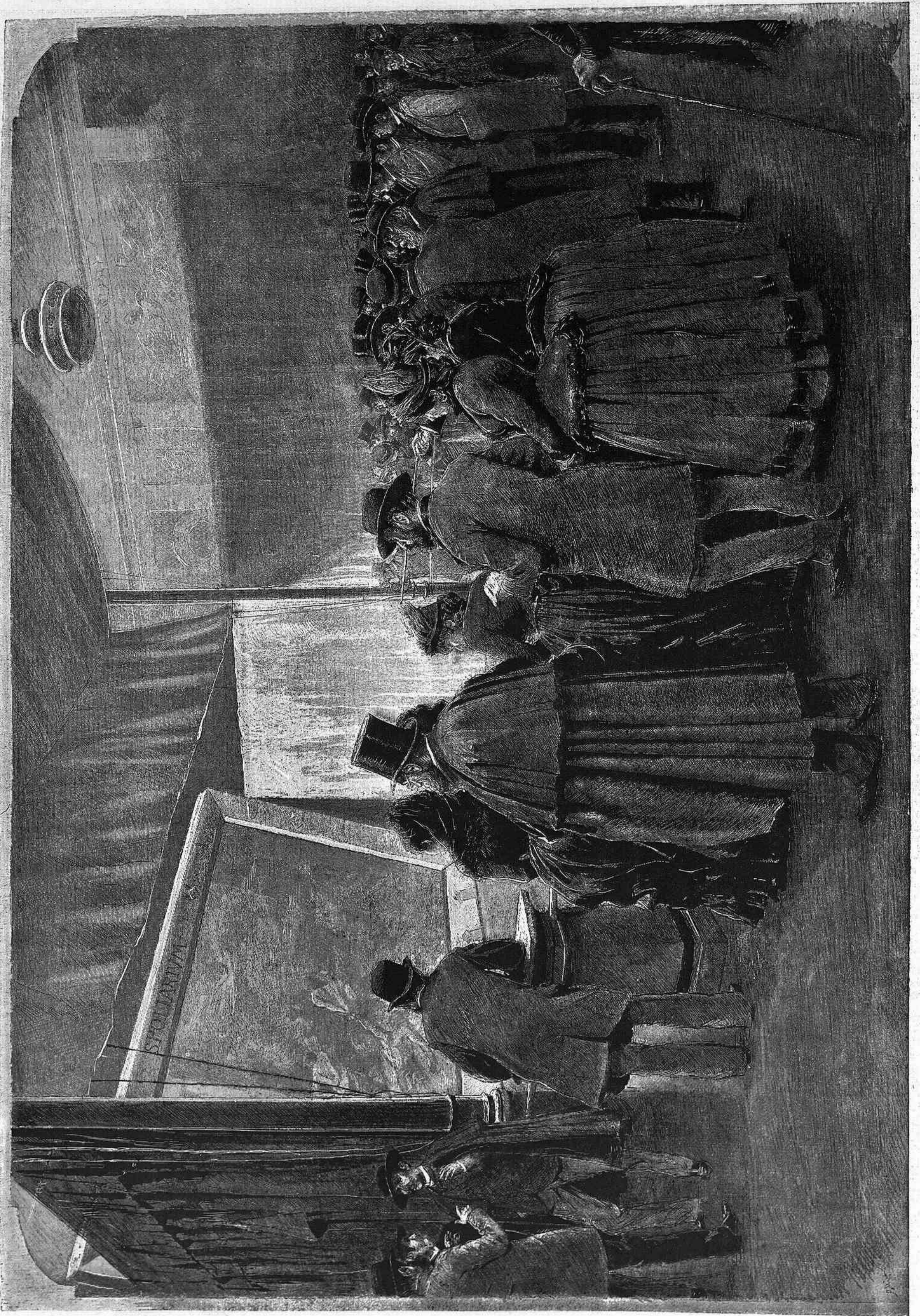
La sangre salía á borbotones... Serafina se ahogaba... Quiso gritar y no pudo, se abrazó al perro con el estertor de la agonía y comenzó á morderle también.

Era una fiera abrazada á otra fiera. ¿Qué mejor fin para aquella furia que el que el diablo acababa de proporcionar?

Mientras tanto el ventero y su mujer salieron de la



AGUARDANDO ÓRDENES, cuadro de Alberto Pasini



LA EXPOSICIÓN DEL SPOLIARIUM EN EL SALÓN PARÉS, dibujo de J. L. Pellicer

cueva y respiraron como si acabaran de librarse de un gran peligro.

Hubo una pausa. Nada se oía, pero el tío *Orejón* y su mujer no advirtieron aquel silencio que preludiaba la muerte; tal era el estado de sus espíritus.

Los venteros se limpiaron el sudor y la sangre que humedecía sus rostros, y luego dijo el tío *Orejón*, inclinándose hacia la cueva:

—Serafina, sube y cerraremos la trampa; voy por mi trabuco y le descerrajaremos un tiro á ese maldito animal.

Serafina no contestó.

—¿Subes ó no subes?— volvió á decir el ventero.

En la cueva reinaba un silencio sepulcral.

—Pero ¿qué haces ahí abajo?— gritó la madre.

—Apuesto á que esa desalmada le está quitando algo al muerto.

Esta brutal desconfianza obtuvo el mismo silencio por respuesta.

—Es extraño,—añadió el tío *Orejón*,—ni Serafina contesta, ni el perro ladra.

Dejaron pasar un minuto, dos, tres; nadie respiraba, y la cueva permanecía muda como una tumba.

Entonces el ventero, sospechando que algo grave le había sucedido á su hija, se dirigió á su cuarto en busca del trabuco.

El día comenzaba á clarear.

El tío *Orejón*, como hombre práctico, observó si estaba bien cebada la cazoleta de su terrible arma y reuniéndose de nuevo con su mujer, dijo con resolución:

—Veamos lo que ha pasado ahí abajo.

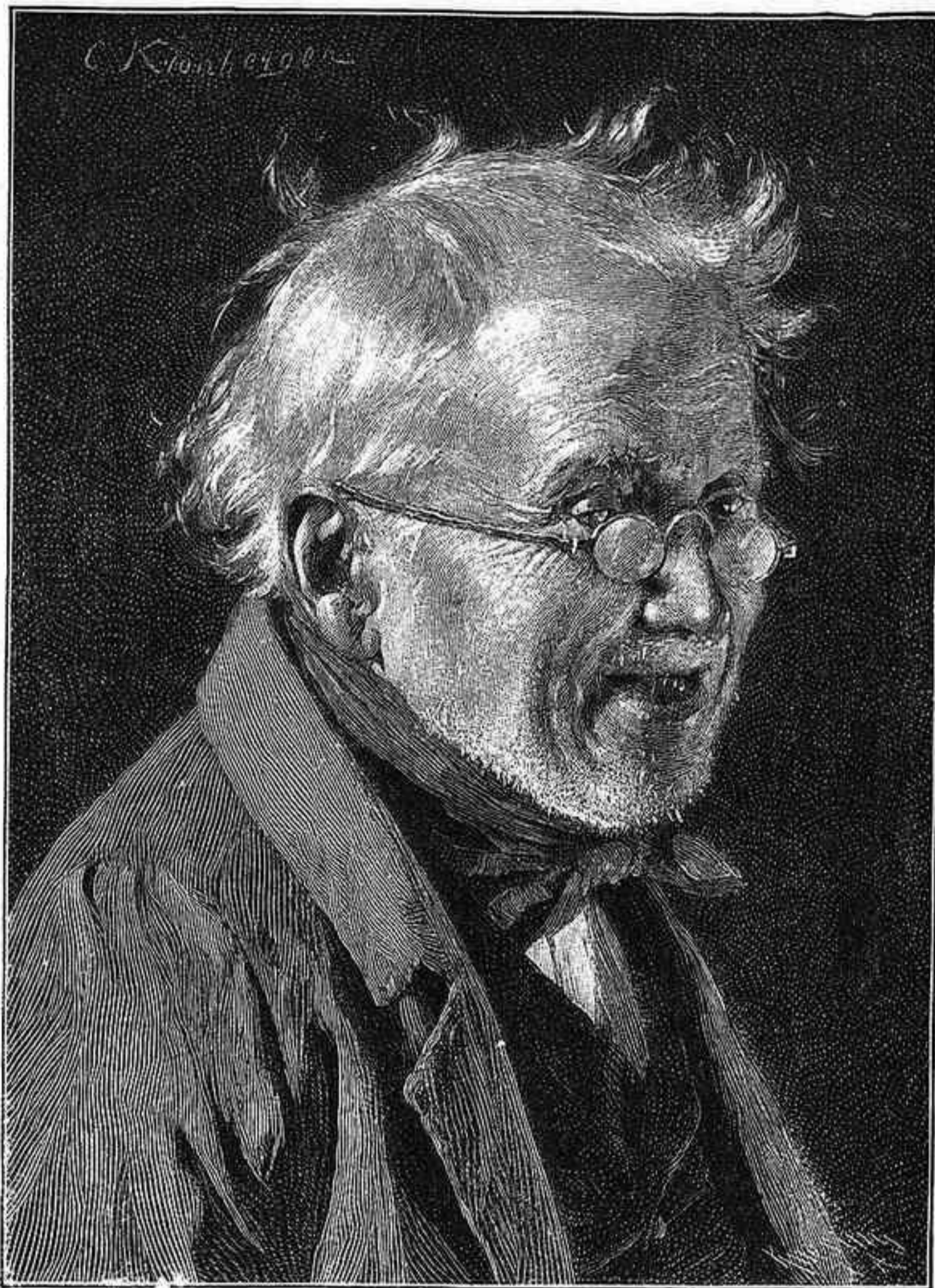
El tío *Orejón* encontró al pie de la rampa tres cadáveres, el de Genaro, el de Serafina y el de *Sultán*.

Aunque hombre avezado al crimen y duro de corazón, no pudo contener un grito de horror al persuadirse de la terrible verdad que tenía delante de sus ojos.

Sultán había muerto sin soltar el cuello de Serafina, y Serafina, abrazada al perro, conservaba aún el cuchillo en la mano derecha, y la hoja hundida en el corazón del animal.

La sangre humeaba envolviendo con una ligera niebla aquel montón de carne destrozada, aquel grupo pavoroso de la muerte.

El ventero, temblando, volvió á subir la rampa de la cueva. Su mujer, al verle, preguntó:



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de E. Kronberg

—¿Y Serafina?

—Serafina no volverá á disgustarte más: el maldito perro la ha degollado, pero ella ha muerto al perro.

Mientras la tía *Orejona* bajaba precipitadamente á la cueva, el ventero se dirigió tambaleándose á la cocina, y dejándose caer sobre un banco, murmuró en voz baja:

—Las cosas en que toma parte el diablo siempre acaban mal.

Y cerrando los ojos se persignó tres veces.

V

Donde un fraile, un carabinero y un gitano desenlazan la presente historia

El día 4 de abril de 1821, es decir, cuatro meses después de los acontecimientos que hemos narrado en los capítulos precedentes, la antigua y famosa ciudad de Guadix presentaba el aspecto de esas populares romerías con que generalmente inauguran la primavera muchas poblaciones de España.

Las posadas estaban llenas de forasteros, las calles de transeúntes, todos los vecinos tenían huéspedes llegados de los confines de la provincia, y en las avenidas de la población se habían improvisado cantinas con lienzos y tablas en donde se vendía pescado frito, chuletas de carnero, huevos duros, chorizos cocidos, tortillas con patatas, vino, licores, aguardiente y otros comestibles apetitosos para matar el hambre y la sed de la concurrencia trashumante.

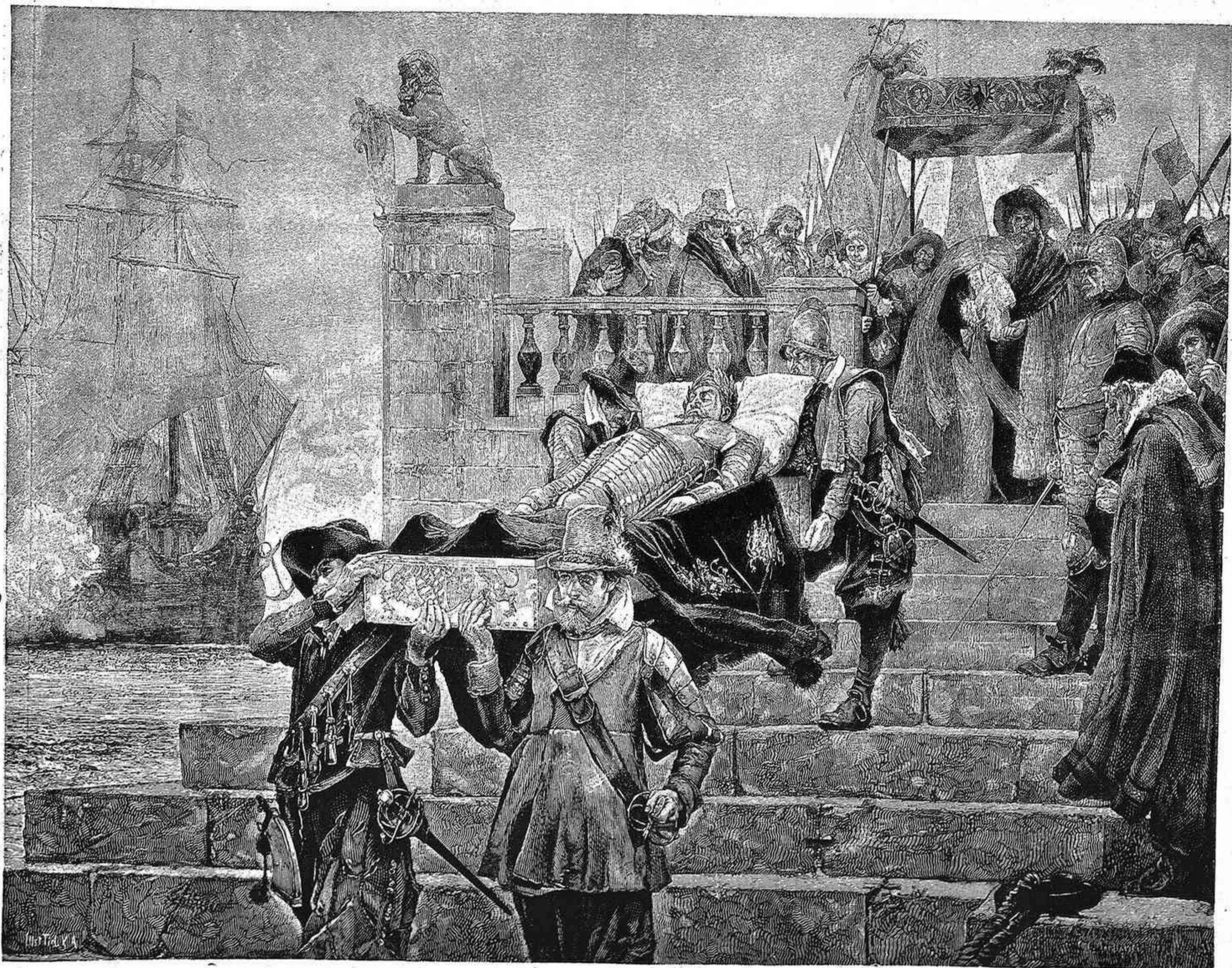
¿Qué sucedía en Guadix?... ¿Se iba á levantar un nuevo templo á la diosa Isis como en la antigüedad? ¿Se le había vuelto á conceder el privilegio de acuñar moneda como durante la dominación de los romanos y los godos? Nada de eso, pero en la *Plaza Real* se hallaban levantadas dos horcas y al día siguiente, 5 de abril, iban á ser ahorcados en ellas el tío *Orejón* y la tía *Orejona*, dos criminales famosos de los que se contaba y nunca se acababa en las provincias andaluzas.

La última fechoría de aquellos dos malvados había sido nada menos que asesinar á un hijo legítimo para robarle, y naturalmente, como en España nunca falta un poeta popular que escriba en verso, ó por lo menos en renglones desiguales, la historia de *Sebastiana del Castillo*, *Pierres y Magalona*, *Los Doce pares de Francia*, *El Terrible Maragato*, *El Currillo López* y otros héroes por el estilo, hubo también un poeta de afición, que, en dos ratos perdidos, escribió la vida y milagros de los *Orejones*, con tan buen éxito que en

dos días se vendieron nada menos que ocho resmas de papel, éxito que superaba en mucho á todos los éxitos alcanzados en España á tan famosa literatura.

Pero, ¿cómo no, si el famoso romance de los *Orejones* empezaba con cuatro versos valientes y de un gancho literario de primera fuerza? pues decían así:

Todo el mundo se suspenda
mientras mi lengua relata
lo que unos padres hicieron
con un hijo que venía de la Habana.



EMBARQUE DEL CADÁVER DE GUSTAVO ADOLFO, cuadro de C. G. Hellqvist

Pero, ¿a qué hemos de continuar copiando el romance: *para muestra basta un botón*. Y además, el lector sabe ya todo lo que otro podía decirle sobre el particular; sin embargo, le aconsejamos que para enterarse de lo que ignora, oiga la conversación que mantienen en un banco de la *Plaza Real*, un fraile franciscano, un sargento de carabineros y un gitano, porque los tres habían tomado parte en la causa de los *Orejones* que iban a purgar todos sus crímenes colgados de dos horcas.

— Padre Tadeo, — decía el gitano, — convengamos en que la casualidad tiene cosas que no se explican. Aquella mañana nos reunió en la *Venta del Sol*, a su mercé, al señor sargento y a mí, y ahora nos vuelve a reunir enfrente de las horcas donde van a bailar una zarabanda los *Orejones*.

— No es la casualidad, hijo mío, — contestó el fraile, — es la Providencia que castiga a los culpables y protege a los inocentes. ¡Desgraciados de aquellos que apartan los ojos del cielo para fijarlos con codicia en los bienes de la tierra! Dios lo ve todo.

— ¡Quién lo duda! — repuso el gitano. — Los venteros eran una gente sin religión, — dijo a su vez el sargento, — y yo creo que si no llegamos nosotros tan a tiempo, cometen alguna fechoría con su mercé.

— ¡Quién lo duda! y de las más gordas hijos míos; no me cansaré nunca de darle gracias a la Divina Providencia que tan oportuno socorro me prestó aquella mañana enviándoles a Vds. a la *Venta del Sol*.

— Perc ¿llegó el tío Orejón a apuntarle a usted con el trabuco? — preguntó el sargento.

— Y me creí más muerto que mi abuelo, que en santa gloria se halle; y eso que puedo jurar a Vds. que no le dije una sola palabra que pudiera darle motivo para enojarse conmigo; al contrario, llegué a la *Venta* muy cansado, serían las nueve de la mañana, en la puerta pronuncié el *Deo gracias* de costumbre, nadie me respondió y seguí avanzando y diciendo *Deo gracias, Deo gracias*, hasta llegar a la cocina. Entonces vi al tío Orejón y a la tía Orejona cada uno echado en un banco del hogar, y les dirigí la palabra con la humildad propia de la Orden que profeso. Al oír mi voz se levantaron y yo retrocedí verdaderamente asustado. Aquello no eran dos criaturas humanas sino dos demonios con los rostros llenos de heri-



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de E. Kronberg

das, el cuerpo cubierto de sangre, los ojos fuera de las órbitas y el pelo erizado. Daban miedo. El tío Orejón exhaló un rugido como una fiera y cogiendo el trabuco que tenía a su lado, me dijo:

— «Tú eres el diablo; unas veces tomas la forma de mi hijo, otras la de un perro y ahora la de un fraile. Tú quieres mi alma; pues bien, a ver si las balas de mi trabuco te mandan para siempre al infierno.»

Yo no esperé más, eché a correr encomendándome a nuestro glorioso Padre San Francisco y esperando oír de un momento a otro la detonación del trabuco que debía acabar con mi vida. Así llegué a la carretera en donde la Providencia me depuso el poderoso auxilio de V., señor sargento, y los doce soldados que le acompañaban, y de este buen gitano que se dirigía a la feria de Córdoba.

— Y por cierto que no me costó poco trabajo convencer a su mercé de que volviera con nosotros a la *Venta del Sol*, — añadió el sargento, — cuyos dueños los tenía hace tiempo apuntados como sospechosos mi capitán en su libro de memorias.

— Hombre, la verdad es que no soy valiente, lo confieso, — contestó el fraile, — y sobre todo cuando me mira la enorme boca de un trabuco, porque entonces quisiera tener alas para correr más.

— Aquella mañana, — añadió el sargento, — el tío Orejón y la tía Orejona tenían sobrados motivos para estar recelosos.

— Calle V. por Dios, señor sargento, calle V. por Dios; hace cuatro meses que presencié el horrible cuadro que presentaba la *Venta del Sol* y esta es la hora que todas las noches, al apagar la luz en mi celda, veo en la oscuridad aquel montón de carne humana, aquel enorme charco de sangre que nos puso a todos los pelos de punta y la carne de gallina. ¡Qué fieras, Dios mío, qué fieras!...

— Sí, pero esas fieras llega un día en que las doma el remordimiento, — repuso el gitano, — y ya recordarán ustedes con qué facilidad declararon los tíos Orejones su crimen, dejándose atar codo con codo y conducir entre bayonetas a la cárcel de Guadix.

— A la fuerza ahorcan, amigo mío, — repuso el sargento. — ¿Qué hubieran sacado los venteros con negar? Lo que el negro del sermón, nada, absolutamente nada; todo les denunciaba a voces, y no tuvieron otro remedio que inclinar la frente ante la justicia.

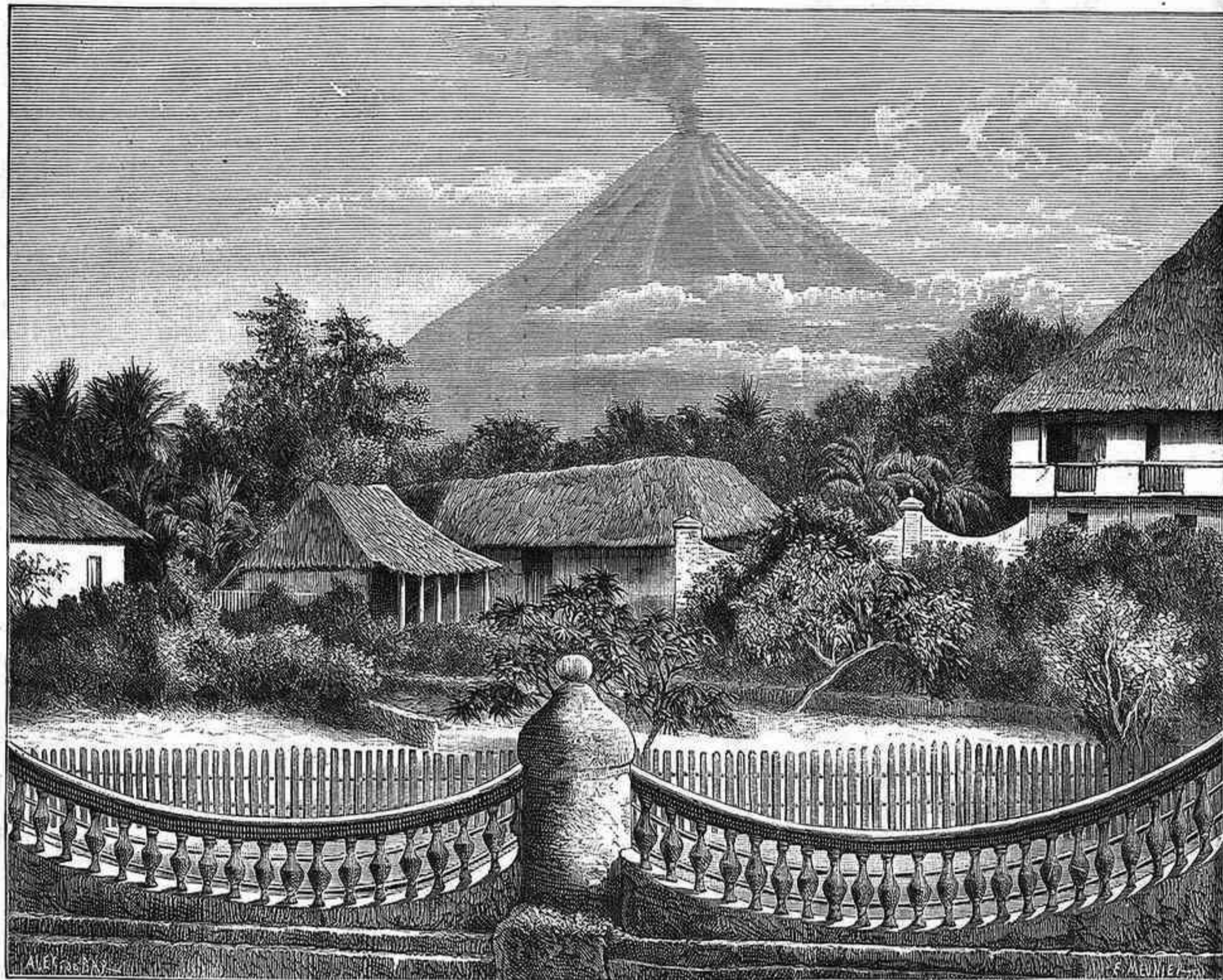
— Que Dios les perdone sus crímenes y les reciba en su santa gracia.

Y el sargento y el gitano contestaron a un tiempo: — Amén.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.



UN ENVIDIOSO, cuadro de Carlos Gebhardt



Viaje á Filipinas. — El volcán Mayón, visto desde la casa real de Albay. — Copia de una fotografía

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Los valles encajonados en esta región volcánica encierran numerosos pueblos, muy limpios y bien construidos y en los cuales reina la abundancia. La prosperidad del país data del gobierno del coronel D. José María de Peñaranda, que hace unos cuarenta años sacudió la pereza secular de los Bicolos, algo rudamente tal vez, pero en su propio beneficio. Bajo su administración se propagó el cultivo del banano (*Musa troglodytarum textoria*), que da la *abaca* ó cañamo de Manila, constituyendo hoy la riqueza de la región. Sería injusto olvidar al obispo de Nueva Cáceres, el ilustrísimo señor Cainza, muerto hace poco, y cuya inteligencia y energía ejercieron considerable influencia así en Albay como en las demás provincias de su diócesis. Albay tiene hoy buenos caminos, que ponen en comunicación todos los puntos cultivados; y la colonización ocupa diariamente nuevos terrenos en medio de los bosques vírgenes que cubren estas montañas. Bajo el hábil y patriótico impulso del señor Guerra, la agricultura (1) y el comercio se han desarrollado mucho en estos últimos años; la provincia es pacífica, y apenas se turba la seguridad en el límite de los pueblos del noroeste por las raras incursiones de los *Atas*, salvajes idólatras refugiados en las gargantas inaccesibles que recortan la mole del monte Isarog.

La población de la provincia de Albay (220,000 habitantes) es poco homogénea; el fondo de la raza es malaia; pero se encuentran numerosos tipos en que la sangre china y europea, aislados ó reunidos, se mezclan en todos los grados. La coloración de la piel, la talla y los caracteres del semblante varían en gran número.

En su primera juventud, casi todos los Bicolos, hombres y mujeres, se hacen limar transversalmente la cara anterior de los incisivos superiores, mutilación que no se completa hasta haberse repetido la operación varias veces; sólo produce un dolor sordo, fácil de soportar, y por espacio de sesenta días el individuo no puede servirse para comer de los dientes que se acaban de limar; á esta ligera incomodidad se limitan las complicaciones inmediatas de la operación.

Entre las afecciones comunes en el país, la migraña es la más frecuente de todas, y ocasiona una deformación, provocada, bastante curiosa. Cuando un pañuelo muy oprimido alrededor de la cabeza no basta para aliviar el dolor, algunas mujeres y casi todos los hombres de cierta edad se estiran la piel de la nuca entre los tres dedos medios de la mano, de modo que forman un doble pliegue, separado por un surco en el que se aloja el dedo medio; esta costumbre, repetida á menudo, acaba por de-

(1) El ayudante de montes de la provincia se halla en este momento agobiado de trabajo á causa de las muchas demandas de terrenos. Por grande que sea la extensión de los que se pueden conceder, la administración ha debido intervenir, prohibiendo todo desmonte que no se haga en virtud de una concesión en regla, pues los indiferentes Bicolos devastaban los más hermosos bosques, y los que contienen mejores esencias, para sembrar un poco de arroz, durante un solo año. El Estado es propietario de la mayor parte de las Filipinas, y en la provincia de Albay vende los terrenos situados en las montañas al precio de una á dos piastras el medio quión, ó sea de 3'60 pesetas á 7'20 la hectárea.

terminar la formación de un cisto, tan común entre los habitantes de Albay, de Legaspi y de Malinao, que sorprende al viajero cuando ignora la causa.

La capital de la provincia es Albay, pero el pueblo más considerable es Cag Sawa (comunmente designado con el nombre de Daraga), que se halla á corta distancia. Daraga es la ciudad donde residen los negociantes españoles, y donde está el gran mercado de la abaca.

Daraga, destruido por una gran erupción del Mayón en 1814, se reedificó un poco más al este, al pie de un ribazo aislado, en el que se ven la iglesia y el convento. Desde este punto el golpe de vista es magnífico: á la izquierda, el Mayón eleva bruscamente á través de las nubes su cráter humeante; al pie extiéndese la vasta llanura cubierta de arrozales y de casetas, ocultas en medio de los bananos; y las azuladas aguas del golfo, contenidas en una especie de media luna formada por espesos bosques, cierran el cuadro en el horizonte.

Al pie del ribazo hállase la plaza de Daraga, circuida

de almacenes y tiendas; en este mercado se vende al aire libre por la noche, á la luz de las hachas. Es la hora en que los europeos se reúnen en sus tertulias, en las cuales somos admitidos siempre con la mayor cordialidad, particularmente en la de D. Miguel Riu, farmacéutico, que habla muy bien el bicol y posee los más variados conocimientos sobre la región. Como se muestra muy obsequioso, apelamos á él casi diariamente, sirviéndonos de los numerosos recursos que hallamos en su farmacia, cuyos aparatos y reactivos nos ahorran mucho trabajo.

Entre todos los productos que figuran en el mercado, la abaca es el más importante. Pesadas carretas tiradas por búfalos conducen penosamente sus cargas hacia los almacenes de los negociantes europeos; los cultivadores de poca importancia llevan su cosecha por sí mismos, depositanla en bancos, en medio del mercado, y siéntanse con las piernas cruzadas, esperando compradores. Así entre éstos como entre los que venden, figura en mayoría el sexo débil, que es el fuerte en la provincia de Albay; en todas las transacciones y los acuerdos importantes sólo intervienen las mujeres, y así es que los maridos se han de reducir al papel de *principes consortes*, sin pensar nunca en quejarse y dándose por contentos de que sus *bolayas* (mujeres) se cuiden de todo, lo cual hacen perfectamente. Los jóvenes que frecuentan el mercado no van por cuestión de tráfico; no es la abaca lo que atrae sus miradas, sino las graciosas vendedoras, cuya magnífica cabellera, negra y flotante, está humedecida aún por la infusión perfumada del *gogo* (2). El mercado de Daraga es el punto favorito de reunión de los enamorados.

A la hora del crepúsculo, que es cuando se comienza á vender, los entierros pasan por la plaza para dirigirse á la iglesia; pero la población, indiferente, no se afecta mucho por el espectáculo. En este hermoso país, en medio de esa vegetación exuberante, bajo los rayos de un sol que hace florecer con una abundancia y vigor indecibles todas las formas de la vida, diríase que la misma muerte no puede inspirar terror. Los funerales van acompañados siempre de grandes banquetes y de todo el aparato de una fiesta. Voy á describir un entierro, el de un niño: algunos músicos que van tocando instrumentos de cobre preceden al pequeño difunto, conducido en unas angarillas adornadas de blondas y ramaje; el niño, vestido con su mejor ropa, tiene el rostro descubierto, y parece dormir en medio de las blancas flores del *ylang-ylang* (3) y del *calachuctchi* (4), que realzan su color bronceado. La pobre madre va llorando, y pasa desapercibida en medio del ruidoso cortejo.

Hay en Daraga, sin embargo, como en todos los demás puntos de las Filipinas, habitantes de un temperamento glacial, circunspectos y pacientes: son los chinos, que con su carácter positivista mejoran pronto de fortuna en medio de estos pueblos tan poco previsores. En Albay, como en otras partes, varias casas chinas han adquirido una gran importancia, sustituyendo los hombres de esta nacionalidad casi completamente á los indígenas en todos los oficios que se ejercen en el interior de los pueblos.



Viaje á Filipinas. — Mercado de Daraga

Las cualidades de los chinos, aunque recomendables, no les facilitarían, sin embargo, tan buen éxito si no les secundara esa especie de fracosomería que en el extranjero une á los hijos del Celeste Imperio. Es muy raro que un chino llegue á Manila sin llevar las señas del domicilio de algún compatriota, quien le dirige inmediatamen-

te al punto en que podrá ocuparse con más prontitud á la vez que con más provecho.

(Continuará)

- (2) *Entada purseta* (Mimóseas).
- (3) *Uvaria aromatica* (Anonáceas).
- (4) *Plumiera alba* (Apocíneas).

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN